

ligencia. La fuerza primitiva, individual, es divinizada en los pueblos agrarios. La fuerza colectiva—que supone disciplina, sistema, dirección, técnica—es la fuerza admirable de los pueblos industriales. Trátese de un ejército, de una máquina, de un coro o de un partido, Alemania admira la técnica superior del esfuerzo colectivo organizado.

Cuando el «Graf Zeppelin» ha cruzado el cielo berlinés, el grito popular se ha precisado en frases breves y expresivas: «Gute Arbeit!» o «Gut gemacht!» (¡Buen trabajo! ¡Bien hecho!) La admiración del espectáculo, como belleza, no ha dominado a la admiración por la técnica. Una montaña, un lago un paisaje producen la emoción primitiva y natural. Una máquina que vuela por los aires en un pueblo que sabe hacer la máquina, que la siente obra suya, suscita otra emoción. Es la conciencia desarrollada del trabajo y por el trabajo la que da la capacidad de esa emoción. Lo misterioso, lo mágico no forman parte de sus atributos. Así, la emoción de lo divino que en los pueblos agrarios podría aplicarse al «Zeppelin», queda relegada para aquello que la inteligencia y el trabajo del hombre no ha alcanzado a dominar todavía.—HAYA DE LA TORRE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESÍA

IV. POEMA Y CULTURA

A la edad de treinta y cinco años, Federico Schiller escribía a Goethe:

No espere de mí gran riqueza de material de ideas; esa la encontraré yo en usted. Lo que necesito y por lo que me afano, es por hacer mucho de poco, y si alguna vez llegara usted a conocer mi pobreza en todo lo que se llama *conocimientos adquiridos*, quizá encontraría usted que, en muchos casos, puedo haberlo conseguido. Como el círculo de mis ideas es limitado, puedo recorrerle más rápida y frecuentemente y se me hace posible administrar mejor mi pequeño capital y producir una variedad de forma, variedad de que carece el fondo; usted se esfuerza por simplificar su gran mundo de ideas; yo, en cambio, busco variedad para lo poco que poseo; usted tiene, para regirle, un reino de pensamientos; yo tan sólo cuento con una familia algo numerosa que de buena gana aumentaría hasta constituir un mundo, aunque no pudiera ser muy grande.

Schiller murió a los cuarenta y seis años, y a pesar de esa pobreza de conocimientos adquiridos, pobreza que él confiesa y

de la que se lamenta, su obra tiene gran valor ideológico; escribió interesantes ensayos de estética y de filosofía. Sus ideas sobre la educación estética del hombre tienen aún hoy glosadores. (Véase Rudolf Lehmann: *Schiller y el concepto de la educación estética.*) Si se le compara con Goethe, seguramente su caudal de conocimientos llega a la modestia; pero si se le compara con otros poetas, con algunos poetas chilenos, por ejemplo, esa modestia adquiere relieves de opulencia. Porque lo que a Schiller mortificaba, lo que le hacía decir al final de esa carta a Goethe:

difficilmente tendré tiempo de llevar a cabo una grande y total revolución a mi espíritu,

parece no inquietar a otros; muchos sonríen cuando oyen hablar de cultura. Tienen de sí mismos y de los demás poetas un concepto metafísico, místico. Para ellos, el poeta es un individuo iluminado, excepcional, poseedor de facultades extraordinarias (facultades únicamente poéticas, en la mayoría de los casos), a quien la cultura no agregará nada como poeta. Es así cómo en el escenario de la poesía chilena vemos a hombres que durante muchos años vienen repitiendo la misma canción. Nada cambia en su obra y el primer verso que escribieron es igual al último que han escrito. Son las mismas imágenes, unas veces puestas así y otras puestas asá. Las mismas metáforas, en ocasiones colocadas a la inversa, para hacerlas aparecer como recientes, o descompuestas en cierta forma, para darles aspecto de poesía nueva. Los temas son idénticos y varían rotativamente; dan vueltas sobre un círculo, desaparecen y vuelven a salir después de un intervalo discreto, el suficiente para que el lector los olvide un poco. Recuerdan esos escasos comparsas de compañías pobres, que entran al escenario por una puerta, salen por otra y dando la vuelta por detrás de los decorados, aparecen de nuevo por la puerta anterior. Proceden como dice Schiller:

y se me hace posible administrar mejor mi pequeño capital y producir una variedad de forma, variedad de que carece el fondo,

sólo que el *pequeño capital* de Schiller era un poco mayor que el de los poetas a que nos referimos. Nunca una idea nueva, un aspecto nuevo, una manera desusada de sentir o de expresar. Y aquellos que, al sospechar que el sistema de poemas sin mayúsculas y de frases más o menos sin sentido, les daba oportunidad de presentar una variación de forma que tal vez lograría engañar al lector, adoptaron el método, resultaron peor que

antes. El oído educado del amator de versos los reconoce de lejos; sabe ya sus palabras a la amada y su pena ante los marineros que se van, pena de que no se consolarán hasta que un poeta original descubra otra.

Aun aquellos que llegan a la vida literaria con una forma nueva de la poesía, y a veces, cosa desusada, con un concepto nuevo, al cabo de poco tiempo se hallan agotados. Las fórmulas que traen, generalmente adquiridas en lecturas poéticas extranjeras, se terminan pronto. Un poeta francés puede dar a un poeta chileno el sentido de la forma o la forma misma, pero no le dará el fondo, pues esto es intransmisible. Y si el poeta, por otros medios que no sean meramente poéticos o literarios, no busca un contenido nuevo para esa forma recién hallada, el resultado será que su poesía presentará un insoportable carácter de hibrididad o de imitación, imitación puramente formal, donde el contenido presenta una calidad inferior a la forma.

Pero, en lugar de recurrir a fuentes que puedan proporcionarle ideas o sensaciones nuevas, de un orden más alto que las que puede proporcionar la simple literatura, ¿qué hace el poeta chileno, en general? Recurre a la novela de aventuras o de viajes, a Morand o a Cendrars, a Conrad o a Mac Orlan, de donde saca motivos viejísimos, que vacía en su molde joven, creyendo que la novedad de la poesía actual está sólo en su forma. Pero no es así. ¿De qué serviría la supuesta renovación de los valores poéticos, si al final salimos cantando, en versos más o menos confusos, lo mismo que cantábamos antes? Se dirá: los motivos poéticos no pueden renovarse, están agotados, y no es posible exigir a nuestros poetas que creen otros. Pero es precisamente lo que debe exigírseles, no que creen motivos poéticos objetivos o sentimentales, sino que los creen de otro orden. Aquellos motivos han sido abandonados y es necesario inventar otros. A una nueva forma debe corresponder un nuevo contenido y ese nuevo contenido no puede crearse sino por medio de la cultura no literaria.

La poesía de hoy se caracteriza por un deseo de expresar las sensaciones del poeta en relación con la vida exterior o propia, es decir, los reflejos que esas sensaciones provocan en su inteligencia, las sensaciones cenestésicas, nerviosas, espirituales. Esas sensaciones serán tanto más ricas, tanto más agudas, tanto más originales e interesantes, y la percepción de ellas será tanto más fácil, cuanto más cultivado esté el poeta. Nada puede surgir de nosotros si no le damos a la imaginación elementos con que pueda trabajar, ya que ella no trabaja con el vacío ni saca sus obras de la nada. Para que un horno de fundición produzca

algo, aunque sea un tejo, es necesario alimentarlo antes. Medios de alimentación hay muchos y yo no pienso recetar aquí un régimen dietético cultural. Cada uno debe buscarlo siguiendo el ritmo de su sensibilidad o de su predisposición poética.

A fuerza de martirizarme, de vivir triple, de escapar, joven, de una multitud de trampas en las que otros, ya maduros, se precipitan de cabeza; de tomar la ducha escocesa de los justos medios; de esperar, horas a veces, solo, de pie, apagada la lámpara, a los parlamentarios de lo desconocido, heme ahora convertido en algo así como una perfecta máquina, una perfecta antena, un perfecto Morse. Un Stradivarius de los barómetros. Un diapasón. Una oficina central de los fenómenos. (*J. Cocteau.*)

Pero si Cocteau no hubiera ejercitado su inteligencia y cultivado su espíritu, por medio del estudio y de la observación, habría esperado una eternidad a los *parlamentarios de lo desconocido*, que venían, no de un mundo desconocido, como pudiera creerse, sino de dentro de él mismo. Existe en el poeta una estructura mental y tal vez espiritual que lo predispone a la creación de obras poéticas; pero esta predisposición es tanto más reducida en sus obras y manifestaciones, cuanto menos el poeta haga por aumentar y enriquecer, en el sentido de su especialidad, los elementos con que trabaje esa predisposición.

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—sino quien posee una *estructura* personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo; esos esquemas anteceden a todas las experiencias contingentes, las elaboran en unidad y las articulan en el *todo* del mundo personal. (*Max Scheler: El saber y la cultura.*)

No es que el poeta deba ser—y esto sería contraproducente para su obra—más sabio que Lepe, un erudito, no; sino que debe procurar salir de su reducido medio personal y ampliarse a sí mismo por medio de una cultura dirigida a robustecer sus medios de expresión y la expresión misma. Los motivos sentimentales afectivos han sido rechazados de la poesía; pertenecen ya a lo que se llama subliteratura y ni aun presentándolos en forma nueva pueden tener valor. Y rechazando esos motivos, ¿cuáles quedan? Los intelectuales, los psicológicos, que no se pueden crear ni expresar sólo porque se experimentan—los animales tienen también sensaciones.—Es preciso tener cierta fineza de espíritu y cierta complejidad intelectual, que no puede

dar sino la cultura, para cogerlos y relacionarlos, de modo que lleguen a tener verdadero interés.

El poeta reproduce, por medio de la imaginación creadora y en la forma que acostumbra o se ha creado, lo que toma de fuera y lo que siente en sí mismo. Jean Epstein ha dicho:

Que se muestre a los poetas los datos de los grandes problemas actuales de medicina, biología, física y aun de astronomía: harán metáforas.

Harán metáforas, reducirán a poesía lo que se les muestre o lo que vean; pero esas metáforas tendrán la fuerza y la novedad de la materia de que han surgido o que las han provocado. Pero si en lugar de problemas científicos o de otro orden se les muestran marineros y acordeones, nos devolverán metáforas llenas de acordeones y de marineros, de los cuales, preciso es confesarlo, algunos poetas chilenos nos tienen hasta la coronilla.

Para el poeta, más que para nadie, el mundo de la cultura ofrece riquísimos y útiles filones. Si un filósofo lee una obra de filosofía, el producto de esa lectura será un acrecentamiento de sus ideas respecto al tema de que el libro trataba; cuando quiera expresar el resultado de su lectura, lo expresará en ideas y no podrá salirse del marco que la lógica le impone. Igual cosa sucederá con un físico, con un matemático, con un biólogo. Cada uno de estos hombres hablará siempre el mismo lenguaje que hablan los físicos, los matemáticos o los biólogos que lo inspiran. Pero el poeta no, y ahí está su ventaja. Si un poeta lee, por ejemplo, *La génesis de los continentes y de los océanos*, de Wegener, nadie le exigirá que hable después como si fuera un geólogo. ¿Por qué? El no es geólogo y la geología no le interesa sino como materia que puede utilizar para agrandar su imagen y su concepto del mundo físico, imagen o concepto que él no devolverá en carácter de geólogo sino en carácter de poeta. Toma de los libros lo que como a poeta le interesa; lo demás es indiferente para él y como no es sabio, ni erudito, ni matemático, sino únicamente poeta, es decir, el niño mimado de la inteligencia y de las ideas, que puede hacer con ellas el uso que quiera, siempre que ese uso provoque en el que lo lea un placer intelectual o espiritual, nadie vendrá a pedirle cuentas. Ese es el valor que la cultura tiene para el poeta: el agrandamiento de su mundo interior y la utilidad poética que de ella saca.—M A N U E L R O J A S.